

CUADERNOS DE

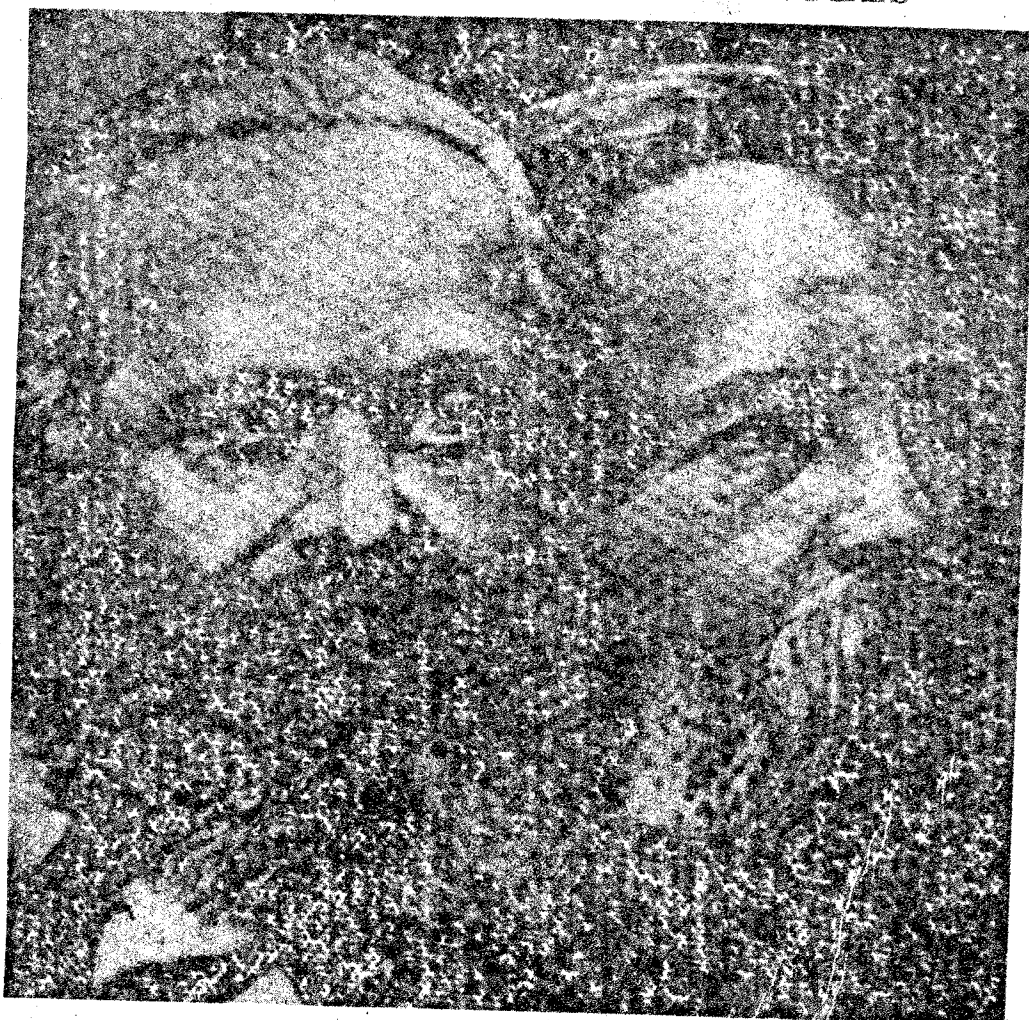
PODER OBRERO

UNION SINDICAL OBRERA (U.S.O.) 1972



Carlos MARX

Federico ENGELS



MANIFIESTO COMUNISTA

El Manifiesto Comunista, también Manifiesto del Partido Comunista, fue elaborado por Marx y Engels a finales del año 1847, por encargo de la Liga de los Comunistas, organización obrera internacional que, al igual que nosotros hoy, era forzosamente clandestina. Han pasado, por tanto, 125 años desde el nacimiento del Manifiesto Comunista.

Ese siglo y cuarto es un aspecto determinante para la comprensión de este documento que reproducimos. Marx y Engels elaboraron las bases de una proclama revolucionaria a partir del análisis de un capitalismo competitivo incipiente y del cual no podía ni imaginarse entonces las enormes posibilidades de desarrollo y transformación estructural que posee en sí mismo como sistema de explotación.

Sin demasiado esfuerzo se puede observar a simple vista que el panorama capitalista de mediados del pasado siglo y el actual, son estructuralmente distintos, sustancialmente no. Basta hacer referencia a la tendencia inevitablemente imperialista del capitalismo desarrollado; al papel determinante del Estado en el proceso monopolista; a la coherencia supranacional del desarrollo y explotación capitalistas; a la división del mundo en zonas de dominio e influencia económico-militares... para darse cuenta de que muchos aspectos del desarrollo y las contradicciones capitalistas, escapaban sin más remedio al análisis hace 125 años. Este "escapar al análisis", esta nueva realidad histórica actual, hace referencia lógicamente al "cómo" hacer la Revolución Proletaria; al papel del grupo de vanguardia; al papel de las masas; a diversas cuestiones de la táctica y la estrategia revolucionarias que en tiempos del Manifiesto - que no en el Manifiesto - escaparon al análisis.

¿Pretendemos - al hacer mención de la nueva realidad histórica - desvirtuar, "cargarnos" el Manifiesto Comunista? Ni mucho menos, todo lo contrario. Pretendemos, muy brevemente, enmarcar el Manifiesto en su tiempo y resaltar - para conocimiento, estudio y reflexión de los luchadores obreros en el Estado Español - los aspectos inmutables, perdurables, pese al tiempo, del Manifiesto Comunista:

- . La profunda crítica al sistema de explotación capitalista.
- . El sentido materialista y dialéctico de la Historia.
- . La lucha de clases.
- . El protagonismo histórico del Proletariado como agente de la Revolución definitiva, capaz de suprimir la explotación del hombre en el marco de una sociedad sin clases.

UNION SINDICAL OBRERA (USO)

Proletarios de todas las nacionalidades
del Estado español ¡¡UNAMONOS!!

MANIFIESTO COMUNISTA

Carlos Marx - Federico Engels

I-Burgueses y proletarios

La historia de toda la sociedad humana, hasta nuestros días, es la historia de las luchas de clases.

Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo de la gleba, maestro y oficial del gremio: en una palabra, opresor y oprimido, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y otras franca y abierta; en una lucha que conduce a la transformación revolucionaria de todo el régimen social, o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En las épocas anteriores de la historia, encontramos a la sociedad dividida, casi por doquier, en una serie de estamentos, una múltiple jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua eran los patricios, los caballeros, los plebeyos, los esclavos; los maestros y los oficiales de los gremios y los siervos de la gleba, los señores feudales, los vasallos, en la Edad Media; y, dentro de cada una de estas clases, todavía nos encontramos con nuevas gradaciones.

La moderna sociedad burguesa, que se alzó sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que vienen a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a dividirse cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de Africa, abrieron nuevos horizontes a la nascente burguesía ascensional. El mercado de las Indias Orientales y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general, imprimieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, acelerando con ello el desarrollo del elemento revolucionario en el seno de la sociedad feudal en descomposición.

El régimen feudal o gremial de explotación de la industria que venía imperando, no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios vieron desplazados por la clase media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones se esfumó ante la división del trabajo dentro de cada taller.

Pero los mercados seguían dilatándose; la demanda seguía creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria

vinieron a revolucionar la producción industrial. La manufactura cedió el paso a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial dio un impulso gigantesco al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos progresos redundaron considerablemente en la extensión de la industria. Y en la misma proporción en que se extendían la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba empujando a segundo plano a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el sistema de producción y de cambio.

A cada etapa de avance recorrida por la burguesía, corresponde una nueva etapa de progreso político (de esta clase). Clase oprimida bajo la dominación de los señores feudales, la burguesía forma en la comuna una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios (como en Italia y en Alemania) se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros (como en Francia), forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y, en general, el fundamento de las grandes monarquías; hasta que, por último, implanta la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista su dominación política exclusiva con el moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser sólo el Consejo de administración que rige los intereses comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró el poder, echó por tierra todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus "superiores naturales", y no dejó en pie más vínculos entre los hombres que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Ahogó las emociones piadosas de exaltación religiosa, el ardor caballeresco y el sentimentalismo del buen burgués en el agua helada de sus cálculos egoístas. Redujo la dignidad personal al valor de cambio y sustituyó todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas por una única libertad: la libertad de comercio sin escrúpulos. Sustituyó, en una palabra, un régimen de explotación velado por los condados de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, seco, de explotación.

La burguesía despojó de su halo de santidad a todas las actividades que antes se tenían por venerables y dignas de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.

La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero.

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento adecuado en la poltronería más indolente. Hasta que ella no lo reveló, no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha creado maravillas totalmente diferentes de las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas totalmente distintas de las emigraciones de los pueblos y de las Cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de producción, que tanto vale decir las relaciones de producción; por tanto, todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del sistema de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por la transformación constante de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incosantes. Las relaciones inertes y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y concepciones viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de tomar consistencia. Todo lo privilegiado y estable se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve obligado a contemplar con mirada fría su situación en la vida y sus relaciones con los demás.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. En todas partes tiene que anidar, en todas partes avocindarse, con todas partes entabla relaciones.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, quita a la industria su base nacional. Las viejísimas industrias nacionales se han venido a tierra y diariamente son arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no transforman, como antes, las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos, y cuyos productos encuentran salida, no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Bretan necesidades nuevas, que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras y climas remotos. Hoy, en vez de aquel aislamiento local y nacional, donde cada uno se bastaba a sí mismo, las relaciones son universales y la interdependencia de las naciones es universal. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. La estrechez y el exclusivismo nacionales van haciéndose cada vez más imposibles y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción, con las facilidades sin fin alcanzadas en las comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más bárbaras. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que fuerza a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el sistema de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar dentro de su casa la llamada civilización; es decir, a hacerse burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen, y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al imperio de la ciudad. Ha creado ciudades enormes, intensificando la población urbana en una fuerte proporción respecto a la población campesina y ha arrancado una parte considerable de la gente del campo al idiotismo de la vida rural. Y, del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va superando cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra la propiedad en manos de unos cuantos. Este proceso tenía que conducir, por fuerza, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas más que aliados, con intereses diferentes, leyes gobiernos y aduanas distintas, se fusionan en una nación única, bajo un gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

En el corto siglo que lleva de existencia como clase dominante, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en las nuevas poblaciones que brotaron de la tierra como por encanto: ¿Cuál de los pasados siglos pudo sospechar siquiera que en el seno del trabajo social dormitaban tantas y tales fuerzas productivas?

Hemos visto que los medios de producción y de transporte, que servían de base a la constitución de la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Cuando estos medios de producción y de transporte alcanzaron un determinado nivel de desarrollo, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura —en una palabra, el régimen feudal de la propiedad—, dejaron de corresponder ya al estado de desarrollo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción, en vez de fomentarla. Habíanse convertido en otras tantas trabas para su desarrollo. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre competencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revela ya la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se opera hoy un movimiento semejante. Las condiciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, la moderna sociedad burguesa que ha sabido hacer brotar como por encanto medios tan fabulosos de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que desoncedonó. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, en el que residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan regularmente una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En estas crisis se desata una epidemia social que hubiera parecido absurda e inconcebible a cualquiera de las épocas anteriores: la epidemia de la superproducción.

La sociedad se ve retrotraída de pronto a un estado momentáneo de barbarie: diríase que una plaga de hambre o una gran guerra asoladora la han dejado esquilmada, sin recursos para subsistir, que la industria, el comercio están a punto de perecer. Y todo, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone, no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su crecimiento y desarrollo. Y, tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan con derribar el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones burguesas resultan ya demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas engendradas. ¿Cómo se sobrepone a estas crisis la burguesía? De una parte, destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas; de otra parte, conquistándose nuevos mercados y explotando más concienzudamente los antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas y alarmantes, y mermando los medios de que dispone para precaverlas.

Las armas con que la burguesía derribó el feudalismo, se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo ha forjado las armas que han de darle la muerte, sino que, además, ha producido a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros modernos, los proletarios.

En la medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir concentrando trabajo, y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trazos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan al trabajo del proletariado todo carácter de independencia, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. Este se convierte en un simple accesorio de la máquina, del que sólo exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso los gastos que origina un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y perpetuar su especie. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y, por lo tanto, también el precio del trabajo, equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es un trabajo, más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique la tarea exigida en un tiempo dado, se acelere la marcha de la máquina, etc.

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas obreras concentradas en la fábrica, son sometidas a una organización militar. Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de las máquinas, del contramaestre y, sobre todo, del industrial burgués, dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual; es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, mayor es también la proporción en que el trabajo de la mujer desplaza al del hombre. Socialmente, para la clase obrera ya no rigen las diferencias de edad y sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del costo.

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media: pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para satisfacer las exigencias de la gran industria y sucumben, arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros, porque sus aptitudes pierden todo valor bajo los nuevos métodos de la producción. Así se recluta el proletariado entre todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversas etapas, en su desarrollo. Su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio, son obreros aislados, luego los de una fábrica, y luego los de toda una rama de trabajo, los que se enfrentan en una localidad con el burgués aislado que los explota directamente. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozán las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación ya liquidada del obrero medieval.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. La cohesión de masas de obreros no es todavía fruto de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos tiene que poner en movimiento -cosa que todavía logra- a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos; contra los restos de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa.

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y, al paso que las maquinarias van borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios, casi en todas partes, a un nivel bajo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia cada vez más aguda desatada en el seno de la burguesía y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inestable el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces de la maquinaria aumentan constantemente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más marcado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coligarse contra los burgueses, se asocian y se unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes, para pertrecharse en previsión de posibles batallas. En algunos sitios la lucha estalla, en forma de sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero fruto de estas luchas no es el éxito inmediato, sino el ir extendiendo la unión obrera. Coadyuvan a ella los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas localidades. El contacto es lo único que se necesita para que las múltiples acciones locales, que en todas partes revisten idéntico carácter, se centralicen y conviertan en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Los hombres de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarrilos, ha creado su unión en unos cuantos años.

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada instante por la competencia desatada entre los propios obreros. Pero renace siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y, aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de algunos de sus intereses. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

En general, las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad, contribuyen por diferentes modos a acelerar el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero, contra la aristocracia; luego, contra aquellos sectores de la propia burguesía, cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países. Para librar estos combates, no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio; arrastrándolo así al movimiento político. Y de este modo, le suministra sus propios elementos de cultura, es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, los progresos de la industria lanzan a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase dominante, o por lo menos los amenazan en sus condiciones de vida. Y estos elementos aportan también muchos refuerzos de cultura al proletariado.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase dominante en el seno de la sociedad antigua, que un pequeño sector de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; principalmente una parte de los ideólogos burgueses, que han logrado teóricamente ver claro los derroteros universales de la historia.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás parecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es un producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales elementos de las clases medias. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Y si actúan como revolucionarios, es mirando a su paso inminente al proletariado, con lo cual no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia, para abrazar la del proletariado.

El "lumpenproletariado", esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, aunque las condiciones todas de su vida le hagan más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para el proletariado otros tantos prejuicios burgueses, detrás de los cuales anidan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de apropiación. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo su propio modo de apropiación, y con él todo el modo de apropiación existente. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino que destruir todas las garantías y seguridades privadas de los demás.

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento independiente de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecha añicos, la superestructura que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía empieza siendo una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas generales, las diferentes fases del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos latente que existe en el seno de la sociedad vigente, hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución franca y abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, instaura su dominación.

Hasta hoy, toda la sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas, para poder oprimir a una clase, es menester asegurarle, por lo menos las condiciones mínimas de una vida de esclavo. El siervo de la gleba se vio elevado a miembro del municipio dentro de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando a la sociedad e imponer a ésta por norma las condiciones de vida de su clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud; porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerlos, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede

seguir viviendo bajo el imperio de esta clase; y esto significa que la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la vida de la sociedad.

La existencia y la dominación de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de particulares, la formación e incrementación constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, cuyo agente inerte y pasivo es la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la competencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre las que produce y se apropia lo producido. Produce, ante todo, a sus propios enterradores. Su caída y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

II - Proletarios y comunistas

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios, en general? Los comunistas no forman un partido aparte, frente a los demás partidos obreros. No tienen intereses propios, separados de los intereses generales del proletariado. No profesan principios sectarios a los que aspiren a amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales de los proletarios, los intereses comunes de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, en las diferentes etapas históricas que recorre la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento, enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: erigir al proletariado en clase, derrocar la dominación de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder político.

Las tesis teóricas de los comunistas no descansan, ni mucho menos, en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad.

No son sino la expresión generalizada de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Las condiciones que forman el régimen de la propiedad han estado sujetas siempre a cambios históricos, a alteraciones históricas constantes.

Así, por ejemplo, la Revolución francesa abolió la propiedad feudal en beneficio de la propiedad burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de la propiedad burguesa.

Pero esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, es la expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre los antagonismos de clase, sobre la explotación de unos hombres por otros. En este sentido pueden los comunistas resumir su teoría en esta fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano; esa propiedad, que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de toda actividad y la garantía de toda independencia.

!La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño campesino, antecedente histórico de la propiedad burguesa? NO; esa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya, y lo está haciendo a todas horas.

¿O queréis referiros a la moderna propiedad privada de la burguesía?

Decidnos: ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletariado, crea propiedad? No, ni mucho menos. Lo que crea es capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que solo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado, para hacerlo también objeto de su explotación. La propiedad, en la forma que hoy presenta, se mueve dentro de la antítesis entre el capital y el trabajo asalariado. Detengámonos a examinar los dos términos de esta antítesis.

Ser capitalista es ocupar un puesto, no simplemente personal, sino social, en el proceso de la producción. El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos, y aún cabría decir que, en rigor, esta cooperación abarca la actividad común de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una potencia personal, sino una potencia social.

Así, pues, al convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no convertimos en social la propiedad personal. Lo que hacemos es transformar el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.

Hablemos ahora del trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario; es decir, la suma de medios de vida necesarios para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. No nosotros no aspiramos, en modo alguno, a abolir esta apropiación personal de productos de trabajo encaminada a satisfacer directamente las necesidades de la vida; apropiación que no deja el menor margen de rendimiento líquido y, con él, un poder sobre el trabajo ajeno. A lo que aspiramos es a destruir el carácter miserable de esta apropiación en que el obrero sólo vive para multiplicar el capital, en que vive tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo del hombre no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado será, por el contrario, un simple medio para dilatar, fomentar y enriquecer la vida del obrero.

En la sociedad burguesa es, pues, el pasado el que impera sobre el presente; en la comunista, imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa, se reserva al capital toda personalidad o independencia, mientras que el individuo trabajador carece de independencia y personalidad.

! Y a la abolición de estas condiciones, llama la burguesía abolición de la personalidad y de la libertad! Y sin embargo, tiene razón. Se trata, en efecto, de abolir la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

Por libertad se entiende, dentro del sistema burgués de producción, el libre cambio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecido el tráfico, desaparecerá también, forzosamente, la libertad de traficar. Toda la fraseología acerca de la libertad de tráfico, como en general todos los ditirambos a la libertad que entona nuestra burguesía, sólo tienen sentido frente al tráfico coartado y al burgués avasallado de la Edad Media, pero no significan nada ante la abolición comunista del tráfico, de las condiciones burguesas de producción y de la burguesía misma.

!Os aterráis de que queramos abolir la propiedad privada, como si en el seno de vuestra sociedad actual la propiedad privada no estuviese ya abolida para nueve décimas partes de la población, como si no existiese precisamente a costa de no existir para estas nueve décimas partes! Lo que, en rigor, nos reprocháis es, pues, el querer abolir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición la carencia de propiedad de la inmensa mayoría de los hombres.

Nos reprocháis, para decirlo de una vez, el querer abolir vuestra propiedad. Pues sí; a eso es a lo que aspiramos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo ya no puede convertirse en capital, en dinero, en renta del suelo, en una palabra, en poder social monopolizable; desde el momento en que la propiedad personal no puede convertirse en propiedad burguesa, la personalidad está abolida.

Con eso, confesáis, que, para vosotros, no hay más personas que el burgués, el propietario burgués. Pues bien; la personalidad así concebida, es la que queremos suprimir.

El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales; lo único que no admite es el poder de sojuzgar, por medio de esta apropiación, el trabajo ajeno.

Se arguye que, abolida la propiedad privada, cesará toda actividad y reinará la indolencia universal. Si esto fuese verdad, hace ya mucho tiempo que se habría estrellado contra el escollo de la holganza una sociedad como la burguesa, en que los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda esta objeción viene a reducirse, en fin de cuentas, a la redundancia de que, al desaparecer el capital, desaparecerá también el trabajo asalariado.

Las objeciones formuladas contra el régimen comunista de apropiación y producción material, hácese extensivas a la producción y apropiación de los productos espirituales.

Y así como el de destruir la propiedad de clase equivales, para el burgués, a destruir la producción, el destruir la cultura de clase es, para él, sinónimo de destruir la cultura en general.

Esa cultura cuya pérdida tanto deplora, es la que convierte en máquinas a la inmensa mayoría de los hombres.

Pero no discutáis con nosotros midiendo la abolición de la propiedad burguesa por vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son otros tantos productos del régimen burgués de propiedad y de producción, del mismo modo que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase elevada a ley: una voluntad que tiene su contenido en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han existido y perecieron, la idea interesada de que vuestro régimen de producción y de propiedad, obra de condiciones históricas que desaparecen en el transcurso de la producción, descansa sobre leyes naturales y eternas y sobre los dictados de la razón. Lo que concebís cuando se trata de la propiedad antigua, lo que concebís cuando se trata de la propiedad feudal, no podéis concebirlo cuando se trata de la propiedad burguesa.

!Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones infames de los comunistas, hasta los más radicales gritan escandalizados.

Pero veamos, ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra: y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la prostitución pública.

Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otro dejem de existir, al dejar de existir el capital.

¿Nos reprocháis acaso que aspiramos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este delito.

!Pero es, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia suplantando la educación doméstica por la social!

¿Acaso vuestra educación no está también influenciada por la sociedad, por las condiciones sociales en que se desarrolla, por la ingerencia directa o indirecta en ella de la sociedad a través de la escuela, etc.? No son precisamente los comunistas los que inventan esa ingerencia de la sociedad en la educación; lo que ellos hacen es modificar el carácter que hoy tiene y sustraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Estos tópicos burgueses de la familia y la educación, de la intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a sus hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.

!Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro toda la burguesía, pretendéis colectivizar a las mujeres!

El burgués no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción. Y al oír que los instrumentos de producción deben ser explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará igualmente extensivo a la mujer.

No advierte que de lo que se trata es, precisamente, de acabar con la situación de la mujer como mero instrumento de producción.

Por otra parte, nada más ridículo que esos alardes de indignación, henchida de alta moral, de nuestros burgueses, al hablar de la pretendida colectivización oficial de la mujer por el comunismo. No; los comunistas no tienen que molestarse en implantar la colectivización de las mujeres, pues casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no contentos, por lo visto, con tener a su disposición las mujeres y las hijas de los proletarios -!y no hablemos de la prostitución oficial!- sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy por una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer. Por lo demás, fácil es comprender que, al abolirse el régimen actual de producción, con él desaparecerá el sistema de comunidad de la mujer que lleva consigo, es decir, la prostitución oficial y encubierta.

A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, como la mira inmediata del proletariado es el conquistar el Poder político, erigirse en clase nacional, constituirse en nación, es evidente que también él tiene todavía carácter nacional, aunque no, ni mucho menos, en el sentido de la burguesía.

Ya el desarrollo de la burguesía, con el libre cambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más el aislamiento y los antagonismos nacionales.

La dominación del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos los de las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación.

En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación, se borrará la hostilidad de las naciones entre sí.

Las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso, filosófico e ideológico en general, no merecen un examen detenido.

¿Acaso hace falta un análisis profundo para comprender que, con las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus concepciones, su conciencia, en una palabra?

¿Qué demuestra la historia de las ideas, sino que la producción espiritual cambia y se transforma con la producción material? Las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello, no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno de la sociedad antigua han germinado ya los elementos para la nueva, y al esfumarse las antiguas condiciones de vida, se esfuman las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las religiones antiguas fueron vencidas y suplantadas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante el racionalismo, la sociedad feudal reñía a vida o muerte con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de pensamiento y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el triunfo de la libre concurrencia en el campo de la conciencia.

Se nos dirá que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han modificado, sin duda, a lo largo de la historia, pero que, a través de estos cambios, ha habido siempre una religión, una moral, una filosofía, una política, un derecho.

Que, además, existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades. Y que el comunismo viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; que contradice, por tanto, a todo el desarrollo histórico anterior.

Veamos a qué queda reducida esta acusación.

Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia, que sólo desaparecerán totalmente con la total extinción del antagonismo de clase.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; no hay, pues, que extrañarse si se ve obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales.

Pero no nos detendremos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá del Poder político para ir despojando gradualmente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante y procurando aumentar con la mayor rapidez posible las fuerzas productivas.

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante unas infracciones despóticas del derecho de propiedad y del régimen burgués de producción, es decir, de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes o insostenibles, en el transcurso del movimiento se excederán a sí mismas, y de las que no puede prescindirse como medio para revolucionar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente en todos los países.

Para los más progresivos, mencionaremos unas cuantas, susceptibles sin embargo de ser aplicadas con carácter más o menos general:

- 1ª Expropiación de la propiedad territorial y aplicación de la renta del sueldo a los gastos públicos.
- 2ª Fuerte impuesto progresivo.
- 3ª Abolición del derecho de herencia.
- 4ª Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.
- 5ª Centralización del crédito en manos del Estado, por medio de un Banco Nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.
- 6ª Centralización de los transportes en manos del Estado.
- 7ª Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción; roturación y mejora de terrenos, con arreglo a un plan general.
- 8ª Deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente para la agricultura.
- 9ª Explotación combinada de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a borrar gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
- 10ª Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo infantil en las fábricas, bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concertada en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá todo carácter político. El Poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve obligado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución lo convierte en clase dominante; mas tan pronto como en cuanto clase dominante, destruya por la fuerza las viejas relaciones de producción, con éstas hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clase y las clases mismas y, por tanto, su propia dominación como clase.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno será la condición para el libre desarrollo de todos.

III - Literatura Socialista y Comunista

I - EL SOCIALISMO REACCIONARIO.

A) EL SOCIALISMO FEUDAL.

La aristocracia francesa e inglesa estaba llamada, por su posición histórica, a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1.830, en el movimiento de reforma parlamentaria inglés, volvió a sucumbir, arrollada por el odiado advenedizo. Y, no pudiendo dar ya ninguna batalla política seria, no le quedaba más arma que la pluma. Mas tampoco en la palestra literaria era posible seguir empleando el lenguaje de la época de la Restauración. Para ganarse simpatías, la aristocracia hubo de olvidar aparentemente sus intereses y formular su acta de acusación contra la burguesía en interés solamente de la clase obrera explotada. De este modo, se daba el gusto de provocar a su nuevo señor con coplas injuriosas y de decirle al oído profecías más o menos catatráficas.

Así nació el socialismo feudal, mitad elegía, mitad pasquín, mitad eco del pasado, mitad amenaza del porvenir; un socialismo que de vez en cuando asestaba a la burguesía un golpe en medio del corazón con sus juicios espiritualmente sardónicos y acerados, pero que casi siempre movía a risa por su completa incapacidad para comprender la marcha de la historia moderna.

Para captarse las simpatías del pueblo, la aristocracia tremolaba el saco de mendigo del proletariado por bandera. Pero, cuantas veces lo seguía, el pueblo veía relucir en el trasero de los caudillos los viejos blasones feudales, y se dispersaba con una risa nada recatada y bastante irrespetuosa.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra fueron los que nos dieron este espectáculo.

Esos señores feudales, que tanto insisten en demostrar que sus modos de explotación no se parecían en nada a los de la burguesía, se olvidan de una cosa, a saber: que ellos llevaban a cabo su explotación en circunstancias y en condiciones completamente diferentes y hoy ya caducadas. Y, al jactarse de que bajo su régimen no existía el moderno proletariado, olvidan que esta burguesía moderna de que tanto abominan es un brote históricamente necesario de su orden social.

Por lo demás, ellos no se molestan gran cosa en recatar el sello reaccionario de sus críticas, y así se explica que su acusación más rabiosa contra la burguesía sea precisamente la de que crea y fomenta bajo su régimen una clase que está llamada a destruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía no es el engendrar un proletariado, sino el engendrar un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones contra la clase obrera; y, pese a todas sus retóricas ampulosas, en la prosaica realidad se resignan a recolectar las manzanas de oro y a trocar la felicidad, el amor y el honor por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente.

Lo mismo que los curas iban siempre del brazo de los señores feudales, así el socialismo feudalista se da la mano con el socialismo clerical.

Nada más fácil que revestir el ascetismo cristiano con un barniz socialista. ¿No vociferó el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No predicó, frente a estas instituciones la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es el hispazo con que el clérigo bendice el despocho del aristócrata.

B) EL SOCIALISMO PEQUEÑO-BURGUES

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía, la única clase cuyas condiciones de vida se consumieron y se extinguieron en la moderna sociedad burguesa. Los villanos medievales y los pequeños campesinos fueron los precursores de la burguesía moderna. Y en los países en que la industria y el comercio no han alcanzado un nivel bastante alto de desarrollo, esta clase sigue vegetando al lado de la burguesía ascensional.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, ha venido a formarse una nueva clase pequeño-burguesa que flota entre la burguesía y el proletariado, y se renueva constantemente, como parte complementaria de la sociedad burguesa. Pero la concurrencia precipita siempre sus elementos a las filas del proletariado; éstos ven ya llegar un momento cuando, con el desarrollo de la gran industria, desaparecerán completamente como parte independiente de la sociedad moderna y serán suplantados en el comercio, en la manufactura, en la agricultura, por los capaces y los domésticos.

En países como Francia, en que la clase campesina representa mucho más de la mitad de la población, es natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, hagan la crítica del régimen burgués con el criterio de pequeño burgués y pequeño campesino, defendiendo la causa obrera sobre el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeño burgués. Su representante más caracterizado, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo ha analizado con la mayor agudeza las contradicciones del moderno régimen de producción. Ha desenmascarado las argucias hipócritas con que pretenden justificarlas los economistas. Ha puesto de relieve, de modo irrefutable, los efectos aniquiladores del maquinismo y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable desaparición de los pequeños burgueses y campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las desigualdades irritantes en la distribución de la riqueza, la asoladora guerra industrial de unas naciones contra otras, la disolución de los costumbres antiguas, de la familia tradicional de las viejas nacionalidades.

Pero en lo que se refiere a sus fórmulas positivas, este socialismo o aspira simplemente a restaurar los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos el régimen tradicional de propiedad y la sociedad tradicional, o pretende volver a encajar por la fuerza los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco del régimen de propiedad que hicieron y forzosamente tenían que hacer saltar. En uno y otro caso peca, a la par, de reaccionario y de utópico.

En la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal: he ahí sus dos aspiraciones máximas.

En su desarrollo ulterior, esta corriente socialista ha venido a caer en un estado cobarde de tudio y desilusión.

C) EL SOCIALISMO ALEMÁN O "VERDADERO" SOCIALISMO

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía dominante y expresión literaria de la lucha librada contra su dominación, fue importada en Alemania en el mismo instante en que la burguesía empezaba su lucha contra el absolutismo feudal.

Los filósofos, semifilósofos e ingenios de Alemania se lanzaron ávidamente sobre esta literatura, pero olvidando que junto con las doctrinas no habían pasado la frontera las condiciones sociales a que respondían. Al enfrentarse con la situación alemana, la literatura socialista francesa perdió su importancia práctica directa, para tomar una fisonomía puramente literaria y aparecer una ociosa especulación acerca del espíritu humano y de sus proyecciones sobre la realidad. Y así las reivindicaciones de la primera revolución francesa sólo eran, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, los postulados de la "razón práctica" en general, mientras que las aspiraciones de la burguesía revolucionaria francesa representaba, a sus ojos, las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de una voluntad verdaderamente humana.

Toda la labor de los literatos alemanes se redujo a armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica o, por mejor decir, a asimilarse desde su punto de vista filosófico aquellas ideas.

Esta asimilación se llevó a cabo por el mismo procedimiento con que se asimila una lengua extranjera: traduciéndola.

Es sabido que los monjes medievales se dedicaban a cubrir los manuscritos que atesoraban las obras clásicas del paganismo con todo género de insípidas historias de santos de la Iglesia católica. Los literatos alemanes procedieron con la literatura francesa profana del modo inverso. Lo que hicieron fue empalmar sus absurdos filosóficos a los originales franceses. Y así, por ejemplo, donde el original francés desarrollaba la crítica del dinero, ellos ponían: "enajenación del ser humano"; donde los franceses criticaban al Estado burgués, "abolición del imperio de lo general abstracto", y todo por el estilo.

Esta interpolación de fraseología filosófica en las doctrinas francesas fue bautizada con el nombre de "filosofía de la acción", "verdadero socialismo", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", y otros semejantes.

De este modo se castraba en toda regla la literatura socialista y comunista francesa. Y como, en manos de los alemanes, no expresaba ya la lucha de una clase contra otra clase, el alemán hacía la ilusión de haber superado la "estrechez francesa"; de defender, en vez de verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, y en vez de los intereses del proletariado, los intereses del ser humano, del hombre en general, de ese hombre que no conoce clase, que ha dejado de vivir en la realidad, para trasladarse al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que tomaba tan en serio sus burdos ejercicios escolares anunciándolos con bombo y platillo, fue perdiendo poco a poco su pedantesca inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la prusiana, contra el régimen feudal y la monarquía absoluta, es decir, el movimiento liberal, fue tomando un cariz más serio.

Esto le deparaba al "verdadero" socialismo la ocasión apetecida para oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, para fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada y sí perdiendo mucho. El socialismo alemán cuidábase de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de que él no era más que un eco sin vida, presuponía la existencia de la sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, premisas ambas en torno a las cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.

Este "verdadero" socialismo les venía como anillo al dedo a los gobiernos absolutistas alemanes, con toda su cohorte de clérigos, pedantes, hidalgüelos raídos y chupatintas, pues servíales de espantapájaros contra la amenazadora burguesía. Era una especie de melifluo complemento a los feroces latigazos y a las balas de fusil con que estos gobiernos recibían los levantamientos obreros.

Pero el "verdadero" socialismo, además de ser, como vemos, un arma puesta en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, encarnaba directamente un interés reaccionario: el interés de la baja burguesía del país. La pequeña burguesía, heredada del siglo XVI y que desde entonces no había cesado de aflorar bajo diversas formas y modalidades, constituye en Alemania la verdadera base social del orden vigente.

Conservar esta clase es conservar el orden social imperante en Alemania. Del predominio industrial y político de la burguesía aquella teme la ruina segura, tanto por la concentración de capitales que ello significa como porque entraña la aparición de un proletariado revolucionario. El "verdadero" socialismo venía a certar de un tijeretazo -así se lo imaginaba aquella pequeña burguesía- las dos alas de este peligro. Por eso se extendió por todo el país como una epidemia.

El ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían el puñado de huesos de sus "verdades eternas", un ropaje de telaraña especulativa, bordado con las flores retóricas de su ingenio y empapado de efervescencia amorosa, hacía todavía más gustosa la mercancía, para ese público.

Por su parte, el socialismo alemán veía cada vez más claro que su misión era la de ser el representante empingorotado de esa baja burguesía.

Proclamaba que la nación alemana era la nación normal y el buen burgués alemán era el tipo ejemplar de hombre. Daba a todos sus servilismos y vilezas un hondo y oculto sentido socialista, tornándolos en lo contrario de lo que en realidad eran. Y al alzarse derechamente contra las tendencias "bárbaras y destructivas" del comunismo, proclamando como contraste la imparcialidad sublime de sus propias doctrinas, ajenas a toda lucha de clases, no hacía más que sacar la última consecuencia lógica de su sistema. Todos los pretendidos escritos socialistas y comunistas que circulan por Alemania, pertenecen con poquísimas excepciones a esta literatura repugnante y desmoralizadora.

II - EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUES

Una parte de la burguesía desea mitigar las injusticias sociales, para de este modo garantizar la perdurabilidad de la sociedad burguesa.

Cuéntanse en este bando los economistas, los filántropos, los humanitarios, los "mejoradores" de la situación de las clases trabajadoras, los organizadores de actos de beneficencia, las sociedades protectoras de animales, los promotores de campañas contra el alcoholismo, los oscuros reformadores sociales de toda laya. De este socialismo burgués se ha llegado a elaborar sistemas completos.

Sirva de ejemplo la "Filosofía de la Miseria", de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que inevitablemente encierran. Quieren la sociedad existente, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. Es natural que la burguesía se represente el mundo en que gobierna como el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués eleva esta idea consoladora a sistema o semisistema, y, al invitar al proletariado a que ponga en práctica sus sistemas, tomando posesión de la nueva Jerusalén, lo que en realidad exige de él es que se avenga para siempre al actual sistema de sociedad, pero desterrando la deplorable idea que de él se forma.

Una segunda modalidad, aunque menos sistemática, bastante más práctica, de socialismo, pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario, haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales, económicas de su vida. Claro está que este socialismo se cuida de no incluir entre los cambios que afectan a las "condiciones materiales de vida" la abolición del régimen burgués de producción, que sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria; sus aspiraciones se reducen a esas formas administrativas que son compatibles con el actual régimen de producción, y que, por tanto, no tocan para nada a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo sólo - en el mejor de los casos - para rebajar a la burguesía el costo de su dominación y simplificar el presupuesto del Estado.

Este socialismo burgués a que nos referimos, sólo encuentra expresión adecuada allí donde se convierte en mera figura retórica.

!El librecambio! en interés de la clase obrera. !Aranceles protectores! en interés de la clase obrera. !Prisiones celulares! en interés de la clase obrera. Hemos dado con la suprema y única seria aspiración del socialismo burgués.

Todo el socialismo de la burguesía se reduce, en efecto, a la tesis de que los burgueses son burgueses... en interés de la clase obrera.

III - EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRITICO-UTOPICO

No queremos aquí referirnos a las obras que en todas las grandes revoluciones modernas proclaman las reivindicaciones del proletariado (obras de Babeuf, etc.)

Las primeras tentativas del proletariado para imponer directamente sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudal, tenían que fracasar necesariamente por la falta de desarrollo del propio proletariado, de una par-

ta, y de otra por la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña estos primeros pasos del proletariado, tiene forzosamente un contenido reaccionario. Estas doctrinas predicaban un ascetismo universal y un burdo igualitarismo.

Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., brotan en la primera fase embrionaria de las luchas entre el proletariado y la burguesía, tal como más arriba la dejamos esbozada (Véase el capítulo "Burgueses y proletarios").

Cierto es que los autores de estos sistemas perciben ya el antagonismo de las clases y la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver por parte del proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.

Y, como el antagonismo de clases se desarrolla a la par que la industria, se encuentra con que les faltan también las condiciones materiales para la emancipación del proletariado, y quieren crearlas mediante una ciencia social y a fuerza de leyes sociales.

Estos autores pretenden suplantar la acción social por la actividad de su inventiva personal, las condiciones históricas de la emancipación por condiciones quiméricas, la gradual organización del proletariado como clase por una organización de la sociedad por ellos inventada. Para ellos, el curso universal de la historia que ha de advenir se cifra en la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

Es cierto que en estos planes tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase obrera por ser la clase que más sufre. Sólo bajo este aspecto de clase que más sufre existe para ellos el proletariado.

Pero la forma rudimentaria que todavía presenta, en su tiempo, la lucha de clases y las condiciones en que se desarrolla la vida de estos autores, les lleva a considerarse muy por encima de aquel antagonismo de clases. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso de los mejor acomodados. De aquí que apelen constantemente a la sociedad entera, sin distinción, y hasta preferentemente a la propia clase dominante. Abrigan la seguridad de que basta con comprender su sistema para acatarlo como el plan más perfecto de la mejor de las sociedades posibles.

Por eso rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la acción revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica, e intentan abrir paso al nuevo evangelio social, predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, resultan fallidos.

Estas descripciones fantásticas de la sociedad del mañana brotan en una época en que el proletariado está todavía muy poco desarrollado y en que, por tanto, él mismo se forja todavía una serie de ideas quiméricas acerca de su destino y posición, brotan de sus primeros impulsos -llenos de presentimientos- de transformar radicalmente la sociedad.

Y, sin embargo, en estas obras socialistas y comunistas hay ya elementos de crítica, puesto que atacan las bases todas de la sociedad existente. Por eso han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia

de la clase trabajadora. Mas, fuera de esto, sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predicán, por ejemplo, que en ella se borrarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de la adquisición privada, del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social, la transformación del Estado en un simple organismo administrativo de la producción... giran todas en torno a la desaparición del antagonismo de clases que empieza a dibujarse y que ellos apenas si conocen, en su primera e informe vaguedad. Por eso todas sus tesis tienen carácter puramente utópico.

La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fantástica negación de ella. Por eso, aunque los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos aspectos revolucionarios, sus discípulos tienden cada vez más a formar sectas reaccionarias y mantienen impertérritas las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derrotados históricos del proletariado. Son consecuentes y por eso pugnan por mitigar la lucha de clases y por conciliar lo antagónico. Y siguen soñando con realizar experimentalmente sus utopías sociales, siguen soñando con la fundación de falansterios, con la fundación de colonias interiores (home-colonies), con la creación de una pequeña Icaria, edición en miniatura de la nueva Jerusalén.

Y, para levantar esos castillos en el aire, no tienen más remedio que apelar a la filantropía de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco, van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios y conservadores arriba descritos de los cuales sólo se distinguen por su más sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en las milagrerías de su ciencia social.

He aquí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, que es lo bastante ciego para no creer en el nuevo evangelio que ellos le predicán.

En Inglaterra, los owenistas reaccionan contra los cartistas, y en Francia los fourieristas se colocan frente a los reformistas.

IV- Posición de los Comunistas ante los distintos Partidos de la Oposición

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los cartistas ingleses y con los partidarios de la reforma agraria de Norteamérica.

Los comunistas, luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representa a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia, en la lucha contra la burguesía conservadora y radical se unen al partido democrático socialista, mas sin renunciar por ello a su derecho de crítica contra los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza, apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido

es una mezcla de elementos contradictorios, unos demócratas socialistas, a la manera francesa, y otros burgueses radicales.

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a los pequeños burgueses reaccionarios.

Pero todo esto sin dejar ni un solo instante de trabajar entre los obreros, hasta afianzar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que media entre la burguesía y el proletariado; para que, llegado el momento, los obreros alemanos puedan volver contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrotadas las clases reaccionarias comience, inmediatamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas se vuelven con especial interés hacia Alemania. Este país se halla en vísperas de una revolución burguesa y esta sacudida revolucionaria se va a producir bajo las condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución burguesa alemana que se avecina no sea más que el prelude inmediato de una revolución proletaria.

Resumiendo. Los comunistas apoyan, en todas partes, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos ponen de relieve como cuestión fundamental la del régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma, más o menos desarrollada, que presente esta cuestión.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y a la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no se rebajan a disimular sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. ¡Bien pueden temblar las clases dominantes ante la perspectiva de una revolución comunista! En ella los proletarios no tienen que perder más que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

Proletarios de todos los países

¡ UNÍOS !